

LA IDEA

S. D.

SEMENARIO REPUBLICANO

Suscripción. { Un año..... 4 pesetas.
Un trimestre..... 1 id.
Un mes..... 0'35 id.
Número suelto corriente 0,10; atrasado 0,20.
Anuncios y comunicados, precios convencionales.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
Cuesta del Alcázar, 20.—Teléfono 133.

El pago es adelantado.
No se devuelven los originales aunque no se publiquen.
De los trabajos suscritos responden los firmantes.
Toda la correspondencia al director, D. Magdaleno de Castro.

¿Y QUÉ?...

Ya ha vuelto el rey á su palacio. Los grandes periódicos dinásticos de Madrid, no saben por el momento de qué hablar. Se ha cerrado la espita de los elogios y los entusiasmos. Los inflatelegramas no tienen por ahora ocupación.

En los llamados círculos monárquicos, la gente toma descanso después de una semana de admiraciones fatigosas y entusiasmos locos.

«¡Oh! El triunfo del rey en Valencia.»

«¡Oh! El brillante recibimiento de Castellón.»

«¡Oh! ¡oh! ¡oh! La ovación de Villarreal, nunca vista desde los tiempos de Cucala».....

La curiosidad se interpreta como entusiasmo; el silencio se considera adhesión, y los arcos ridículos, los oleajes de percalina preparados por la adulación oficial, se aceptan como espontáneas manifestaciones de la fe popular.

¡Están frescos los que tal creen!.... Pueden esperar sentados el refuerzo popular que, según dicen, acaba de recibir la idea monárquica.

Ha terminado el viaje regio, la gran mascarada de entusiasmo hecho á molde, organizada por los monárquicos.

¿Y qué?...

Nada. Los republicanos siguen en su fe republicana; los descontentos del régimen actual continúan abominando de él; la gran masa indiferente, que no tiene ideas pero acoge lo existente con nerviosa impaciencia, persevera en desear un trastorno, un cambio de postura, horizontes nuevos.

Si mañana se verificara en Valencia una elección, ya verían los panegiristas ciegos que profetizan desde Madrid cuál era la suerte de los candidatos monárquicos, aun estando tan reciente el viaje del rey. ¡Derrota en toda la línea y triunfo de los republicanos!

Los males de España son muy antiguos y muy hondos para que puedan curarse con una *tournee*, y borrarse con cuatro festejos de feria. Ni que esta nación fuese un pueblo de chiquillos para conformarse con tales remedios.

Yo creo que el viaje tendrá sus consecuencias en la opinión; pero serán muy diferentes á las que propalan los panegiristas de Madrid.

Los pueblos meridionales, con su amor á la forma y su culto á lo exterior son peligrosos. Hay que pensarlos bien antes de arrostrar sus juicios, inspirados más por el sentimiento que por la razón.

El que piensa y tiene ideas propias, ese no se deja influenciar por la presencia de un rey ni de todos los reyes de Europa. Pero la masa ignorante y sierva, especialmente la de las campiñas, se forma desde la infancia tal idea de la realeza residente en Madrid que cuando ésta se deja ver de tarde en tarde pierde muchas veces más que gana.

Yo no sé qué efecto habra producido en los labriegos que acudieron á Valencia de todos los rincones de la provincia, nuestro monarca D. Alfonso XIII. Un rey no pueden verlo todas las semanas, y seguramente que la emoción no les ha permitido aún, á muchos de ellos, comer y dormir tranquilamente.

Se comprende que sea así, porque nuestro monarca

es un joven robusto y gallardo, de una solidez que hace presagiar la larga duración de la monarquía.

Pero de no reunir un monarca tales condiciones exteriores, ¿qué peligro afronta el entusiasmo dinástico cuando la persona del rey se exhibe ante la muchedumbre estulta que forma su principal sostén?...

Recuerdo una anécdota que oí de labios de una vieja de Aragón.

Cuando en la primera guerra civil bajó al Maestrazgo y á Valencia el pretendiente Carlos V, para ser derrotado en Chiva al lado de Cabrera, el vecindario fanático de los pueblos salía á los caminos con los curas á la cabeza. Las madres llevaban á sus hijos para que se fuesen con el rey, «el rey legítimo y santo», del que oían hablar como un dios, y al que por fin iban á ver.

Desfilaban los batallones carlistas, y los mozos, con el morralillo á la espalda, daban el último abrazo á sus madres, esperando la llegada del rey para incorporarse á la expedición.

Pasó al trote el brillante estado mayor. «¡Viva el rey!» Y las pobres mujeres gritaban extendiendo sus brazos, presentando sus hijos á un caudillo de uniforme lleno de dorados, con ondeante capa roja y ojos de ave de presa, erguido sobre su corcel con la arrogancia de un centauro.

—Ese es D. Ramón Cabrera—gritaban los curas.— El rey es aquél.

Y señalaban á un señor desmedrado y triste, con la posada nariz borbónica, la quijada prolongada y saliente, que cabalgaba con aspecto de viejo, como si pesase sobre sus espaldas todo el pasado de su raza.

Desfiló el ejército sin que las madres soltasen á sus hijos.

¡Maños, vámonos—dijeron con tono de desaliento.— Si el rey juese D. Ramón el de la capa colorá, menos mal. ¿Pero matarse por ese tísico que parece un estudiantico? A casa, maños, á casa.

Y es que los pueblos fetichistas son crueles en sus adoraciones.

BLASCO IBÁÑEZ.

EL FOLLETÍN DE «LA IDEA»

Decía Ganivet que, cuando acababa de leer un libro, no experimentaba deseo alguno de conservarlo, sino que, por el contrario, se inclinaba más bien á regalárselo á algún amigo para que lo leyera á su vez.

Ciertamente, si convirtiésemos la idea del literato granadino en regla general de conducta, prestaríamos, la mayor parte de las veces, un flaco servicio á la amistad. Ni merecen ser leídos todos los libros que se publican, ni merecen ser propagados todos los libros que se leen. Pero no es menos cierto que al doblar la última página de algunos libros bien pensados y bien escritos, nos sentimos animados de un espíritu generoso y expansivo, y quisiéramos llevar á la inteligencia y al corazón de las personas que nos rodean, las mismas ideas y las mismas emociones que en nosotros ha sugerido su lectura. Así pues, uno de los mayores beneficios que la humanidad recibe de los grandes literatos, consiste, precisamente, en este simpático ennoblecimiento de las almas, que convierte momentáneamente á un trabajador rutinario, á un comerciante codicioso ó á un luchador vulgar de la vida, en un noble y generoso sembrador de ideales.

Los que, por fortuna ó por desgracia, leemos más que vivimos, podemos hablar de esto por experiencia propia. Yo acabo de leer un libro que ha despertado en mí grandes estímulos de sembrador y es bien seguro que, si no tuviese en el alma tan marcado el troquel nacional, hubiese salido de mi cuarto de estudio con el volumen bajo el brazo, y hubiese ido á repetir su lectura ante amigos y enemigos, arriesgándome á penetrar aún en esos círculos de egoísmo en que los hombres se agrupan en actitudes defensivas contra todo género de invasiones. Pero como estoy oyendo en torno mío desde niño las carcajadas con que las gentes acogen todo género de aventuras quijotescas, soy extraordinariamente sensible al ridículo; y he ahí por qué, en vez de lanzarme á la calle con el volumen bajo el brazo, lo he cerrado discretamente sobre la última página, lo he levantado en mis manos, he fijado en las grandes letras de la portada una mirada insistente de afecto, y pensando en el nombre del autor (Anatol France), y en el título de la obra (*Sobre la piedra blanca*), he ido lentamente á sentarme en un rincón de la estancia, mientras sobre el brillo de mis entusiasmos primeros se iba poco á poco extendiendo una densa sombra de abatimiento.

Sobre la piedra blanca, es un libro de ironía y de fe, de sabiduría y de candor, de utilitarismo y de abnegación, de ilusión y de realismo. El espíritu de Anatol France, es sutil como el de Voltaire, refinado como el de Renán, analítico como el de Taine, demoledor como el de Bentham, constructivo como el de Owen. Yo quisiera poderos contar cómo se ha ido lentamente formando, entre el polvo de las bibliotecas, este espíritu complicado y fuerte, en el cual la tinta de imprenta no oscurece la visión clara y penetrante de la realidad; pero en la obra de France no se ve la trama ni la mano del obrero; parece realizada con goce y sin esfuerzo, producto de un instinto perfecto, obra maravillosa de alquimia mental, como esos ténues vapores de que el autor nos habla en una de sus novelas, como esas blancas nubes que nos describe y que al contacto del aire van tomando la forma de mujeres ideales, hijas de la sabiduría y del amor.

Yo conozco el secreto recurso de que se valía Pío Cid para hacer callar á los habladores sempiternos; pero no me atrevo á ponerlo en práctica. No me atreveré nunca á ir de corro en corro interrumpiendo vuestras sabias disertaciones *morales y políticas*. Pero permitidme, al menos, que me atreva á rogaros que, cuando os canséis de disertar moral y políticamente, os encerréis en vuestros hogares á leer los libros de Anatol France.

Si por desgracia tenéis un espíritu de diletanti, de erudito ó de arqueólogo, Anatol France os contará el amor pagano en los hermosos versos de *Noces Corinthiennes*, os describirá deliciosas escenas de Alejandría y de la Tabaida en *Ihãis*, os pintará la vida de los monjes de la Edad Media en *L'Orme du Mail*; si tenéis un alma curiosa de las realidades presentes, encontraréis en la historia del sabio Bergeret, preciosos estudios de la vida política en provincias, de la enseñanza universitaria y confesional, del antisemitismo y del militarismo; si os complacéis en representaros el porvenir y sentís anhelos de reformador, quizás encontréis el verbo de vuestras indeterminadas tendencias progresivas en las últimas obras de este gran literato.

No se si será justo afirmar que la preocupación por